

El tema de la acción social en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* y en *Rojo y negro*

Roberto J. Roldán

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Universidad Nacional de La Plata

Correo electrónico: rjroldan@hotmail.com

Introducción

En este trabajo voy a referirme al tema de la acción social en el interior de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, aquel libelo escrito por Marx entre 1851 y 1852 en ocasión del golpe de Estado dado en Francia por el sobrino de Napoleón hacia el año 1851, y en *Rojo y negro*, novela escrita por Stendhal en 1830. Este tema emergerá entrelazado con otro, que es el de la problemática relación que se establece entre la operación de un hacer práctico, y la cualidad aparential que presenta el mundo el que los hombres maniobran. Como vinculante de estos niveles, aquí abstraídos, se halla la capacidad perceptiva y cognitiva. Toda conducta implicaría entonces una interpretación del mundo social, la cual no sería otra cosa que una hermenéutica de lo aparente. De algún modo estas obras, pertenecientes a registros narrativos diversos pero familiares, están pensando estas cuestiones. Además voy a sostener que *Rojo y negro* también es una obra sociológica por cuanto el núcleo mismo del conflicto dramático es el planteamiento de un problema sociológico.

Tal vez sea necesario hacer un breve resumen de los argumentos de estos libros. Porque aunque *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* no sea estrictamente una novela bien podríamos considerar a la obra de Marx un relato dramático -y a la vez teñido de comicidad- acerca de un conflicto entre personajes que no son individuos sino fuerzas sociales que cargan en su proceder con sentidos ya no del orden de la cotidianidad sino del orden de lo histórico. Es decir, de aquello que trasciende a los meros individuos que no importan como personas particulares sino como materializaciones de fuerzas históricas que pugnan por ser – creo que esta interpretación a la Hegel tiene bases de sustento dadas por el propio texto. Escribe Marx: “Pero la revolución es radical. Está pasando todavía por el purgatorio. Cumple su tarea con método. Hasta el 2 de diciembre

de 1851 había terminado la mitad de su labor preparatoria; ahora termina la otra mitad. Lleva primero a la perfección el Poder parlamentario, para poder derrocarlo. Ahora, conseguido ya esto, lleva a la perfección el *Poder Ejecutivo*, lo reduce a su más pura expresión, lo aísla, se enfrenta con él, como le único blanco contra el que debe concentrar todas sus fuerzas de destrucción. Y cuando la revolución haya llevado a cabo esta segunda parte de su labor preliminar, Europa se levantará, y gritará jubilosa: ¡bien has hozado, viejo topo!”¹. Desde luego, Marx también dice al comienzo que son los hombres quienes hacen la historia. Pero no iremos más allá de esta mención respecto de la evidente complejidad que presenta la filosofía de la historia de Marx-.

El tema general de su artículo es el ascenso al poder de Francia de Luis Bonaparte. Éste implantó la dictadura militar el 2 de diciembre de 1851 y el 2 de diciembre de 1852 abrogó la República, instauró el régimen imperial y fue proclamado Napoleón III. Lo que hace Marx es explicar este hecho insertándolo en la lógica de la lucha de clases de la Francia de ese momento, mostrando que tal acontecimiento no tiene nada de extraordinario e ininteligible si se lo remite a todo el proceso anterior y presente de lucha entre la burguesía con el proletariado por un lado, y las luchas intestinas de la clase burguesa dividida en facciones que respondían a intereses económicos particulares. Como dice Engels en el prólogo, Marx ha descubierto la gran ley que rige la marcha de la historia: toda lucha histórica es la expresión de una lucha entre clases sociales, las cuales están determinadas en su existencia por la condiciones de su situación económica. Aplicando esta ley, Marx reduce la exagerada figura individual de Luis Bonaparte al lugar de efecto más que de causa dentro de un marco general de la lucha de clases.

Rojo y negro es una novela realista que narra las peripecias del joven Julián Sorel, de baja condición social, que posee la ambición de trascender socialmente y emprende un camino de ascenso social; en ese recorrido, el engaño, la hipocresía, la astucia y la desconfianza serán las principales *armas* de que se valdrá Julián en su cometido. Ya ahondaremos en las sutilezas y complejidades de este personaje.

¹ Marx, Karl, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires, CS Ediciones, 2001, p. 127

Acción social. Individuo y sociedad

Para Marx el individuo autónomo no existe; no puede pensarse lo social como el lugar de confrontación entre dos términos no conciliables: en un extremo algo llamado “individuo” y en el otro extremo otra cosa llamada “sociedad”, porque significaría aceptar la existencia de dos entidades de naturaleza diferentes y Marx pensaba que el único elemento caracterizable como natural en el hombre es, paradójicamente, el ser social. El individuo autónomo no puede existir porque no puede existir un hombre que para serlo no viva en sociedad. La misma noción de “individuo autónomo” existe porque se ha producido un cambio en la organización comunitaria del hombre. Se trata del pasaje desde una sociedad tradicional a una sociedad industrial en la que emerge la experiencia de la individualidad. Lo que se ha llamado el ascenso del individualismo no es más que una nueva experiencia que tiene el hombre de la relación con los otros que ha surgido como consecuencia de la transformación “macroestructural” de la organización social. De este modo, Marx no trata la relación individuo-sociedad como eje central de su reflexión sociológica. La “unidad mínima” de su teorización es el colectivo; no parte de individuos sino de grupos sociales, y si piensa a la sociedad como atravesada por el conflicto, éste concierne a la existencia de grupos antagónicos. En *El 18 Brumario*, las acciones individuales no son relevantes más que como efectos insertados dentro de un bloque de acción de clase. Son los grupos sociales los que en sus belicosos encuentros conforman el espacio y al materia de la historia. El golpe de estado que martilla Bonaparte sobre la dominación política de la burguesía es comprensible al ubicarlo dentro de un complejo de luchas intra-burguesas, y al figurase a Bonaparte como representante de la clase más numerosa y reaccionaria de Francia, a saber, la masa del campesinado conservador. Bonaparte –hombre de pocas luces, autoritario, grotesca caricatura de Napoleón I- actúa políticamente como el líder y representante de esa clase hecha de campesinos anhelantes de consolidar su propiedad parcelaria, campesinos supersticiosos y enemigos de la ilustración. Sin embargo, el retroceso político y cultural que parece advenir con el régimen de Bonaparte –puesto que se llega a una dictadura y a una restauración de ideas clericales y militaristas- es una estación necesaria en el proceso más amplio de lucha de clases de las sociedades modernas, porque, como sabemos, para Marx, el antagonismo originario en estas sociedades es el de capital – trabajo.

Ahora bien, hay aquí, entonces, una dialéctica entre la acción que irrumpe y modela nuevas formas y las resistencias ostentadas por las estructuras establecidas. Si bien la historia parece dirigirse por sí misma hacia una meta, es necesaria la acción de los hombres concretos para efectivizar aquel fin, es indispensable su acción transmutada de las estructuras sociales objetivadas. El cambio sólo puede provenir de la acción del sujeto humano, pero es un sujeto social y, sobre todo, colectivo. La acción social, entonces, es considerada por Marx, potencialmente creadora y revolucionaria.

El universo social que nos presenta *Rojo y negro* está compuesto por campos de relaciones rigurosamente configurados por reglas que se imponen tanto más cuanto menos expresan que están allí, rigiendo desde la invisibilidad. El principio desde el que parte y a través del cual transcurre la sustancia social es el individuo, y su acción parece reducida a un inacabable desplazamiento de posiciones. Son estas posiciones objetivadas las que proveen de sentido a las conductas de aquel agente que las ocupe. Los personajes de la novela nunca actúan como seres humanos sino como personas sociales o, mejor dicho, como agentes socializados y socializantes. Pero es el personaje del protagonista de la novela, Julián Sorel, la figura que por su carácter extraordinario pone de relieve ese funcionamiento social como problemático.

Julián Sorel es un héroe de tipo realista. Su heroísmo es individual por su contenido, y social por su forma pues su causa no es la de un grupo sino la propia, y su enemigo no es otro grupo particular sino la sociedad misma. Su causa no tiene una finalidad social, pero está determinada socialmente. A diferencia del héroe romántico no busca rebelarse contra una sociedad que oprime su singularidad sino que fuerza por integrarse a ella. Pero, del mismo modo que para el romántico, esa sociedad en la que trata de ingresar es su enemigo justamente porque él no es un noble sublevado contra los imperativos morales y contra las normas sociales -como sí lo era el héroe del romanticismo- sino un plebeyo que se ha sublevado contra su destino social (así lo percibe el mismo Julián cuando declara ante el tribunal que lo juzgaba por haber disparado contra Madame de Rênal: “Señores, no tengo el honor de pertenecer a su clase; en mí ven ustedes a un aldeano que se ha rebelado contra su mezquino porvenir(...). Puede que haya atentado contra la vida de la mujer más digna de respeto, más digna de alabanza, que existe. (...). Pero aun cuando fuere menos culpable de lo que soy, veo a hombres que sin pensar en la piedad que pudiera merecer mi juventud, querrán castigar en mí y escarmentar para siempre a ese tipo de jóvenes que, habiendo nacido en una clase inferior y en cierto

modo oprimidos por la pobreza, tiene la dicha de lograr una buena educación, y la audacia de entrar en eso que el orgullo de la gente rica llama sociedad. Ese es mi crimen, señores, y será castigado con tanta mayor severidad cuanto que, de hecho, no estoy siendo juzgado por mis semejantes. No acierto a ver en los bancos de los jurados a ningún campesino enriquecido, sino únicamente a una serie de burgueses indignados...”²). Esta es la dimensión de conflicto que se presenta entre el individuo Julián Sorel y aquella alta sociedad francesa en la que quiere ingresar. Este conflicto tiene un doble cariz. Por un lado, Julián recibe las resistencias que le presenta el medio social cada vez que intenta integrarse, porque la sociedad que muestra Stendhal es un sistema cerrado similar a un juego con reglas definidas en el que se ocupan posiciones que poseen una existencia propia y ajena al individuo que la ocupe en ese momento, y, como tal, responde rechazando automáticamente al advenedizo que no se mueve con destreza en el arte de jugar, por desconocer las reglas. Con referencia a esto, un ejemplo claro que ayuda a comprender la existencia de ciertas formas de interacción social objetivadas y vinculadas a determinados ámbitos sociales, es el episodio en que Julián recibe, como obsequio de parte del marqués de La Mole, un traje azul que tendría que vestir exclusivamente en los bailes y reuniones sociales realizadas en el salón del marqués. Julián comprueba con asombro que en esos eventos y ataviado con ese traje azul es tratado como un igual por los nobles y ricos personajes que a ellos asisten. Cuando hace las labores cotidianas de secretario, vistiendo su sempiterno traje negro, recibe un trato de subalterno. Un mismo hombre que en espacios sociales disímiles desempeña papeles diferentes, aceptado y legitimado así por otros que también varían su comportamiento de acuerdo al contexto. Y la vestimenta igualmente variable como marca simbólica que enfatiza el cambio en la permanencia: en un mismo ser, distintitos comportamientos de acuerdo a cuál sea el papel que deba ser representado.

Sorel ingresará en distintos ámbitos sociales -la clase alta provinciana, el Seminario de Bensaçon, la clase alta parisina- desconociendo su funcionamiento interno y tendrá que aprender a golpes cómo moverse dúctilmente en ellos; lo hará siempre exitosamente por su habilidad natural y porque en todos -descubrirá Julián- hay patrones que se mantienen constantes, la hipocresía y la competencia. Pero éstas deben ser pensadas depuradas de toda carga semántica moral, como formas sociales que se han objetivado dentro de los campos sociales y que exceden a la voluntad del individuo. Son formas de

² Stendhal, *Rojo y negro*, p. 393

interacción que se imponen a las intenciones individuales y dentro de las cuales se debe encauzar el contenido de la acción social si se quiere pertenecer al dominio de determinado sistema de relaciones.

Por otro lado, hay una tensión entre lo psicológico y lo social en la persona de Sorel; entre ambas dimensiones de su ser que, tomados de manera abstracta, parecieran entrar por momentos en una oposición irreconciliable.

En el héroe stendhaliano hallamos dos deseos de naturaleza contradictoria pero que el personaje hilará en una misma trama. Un afán de ascender en la escala social, de obtener el mayor de los reconocimientos, por un lado, y las ansias de conquistar una libertad individual que le permita desarrollar sus mejores cualidades de un modo noble y virtuoso. Julián Sorel hará de la ocurrencia del primer deseo la condición necesaria para una posibilidad cierta de suceso del segundo. Como buen personaje realista, conoce las limitaciones y posibilidades de su situación social y estima que cualquier libertad futura solamente podrá ser alcanzada si se obtiene poder³. Cierta día en que Julián iba de visita a su amigo Fouqué, detiene su trayecto y sube a lo alto de una colina, se introduce en una gruta y en esa soledad se siente libre. He allí un claro símbolo de la vinculación entre aislamiento, poder (lo alto de la montaña como metáfora de la cima de la jerarquía social) y libertad. Julián batallará, resignando el uso de armas nobles por artimañas y engaños, a sabiendas de que su condición de baja sociedad no le permite otra cosa, para llegar a la cima porque cree que una vez allí podrá ser libre, es decir, tendrá la libertad de ser quién es. Pareciera que Stendhal nos estuviera diciendo que en esa época de una Francia gris⁴, en ese tiempo de mediocridad y ramplonería en que lo único que parece movilizar a los hombres es la ganancia pecuniaria⁵ ya no hay lugar para la excelencia en ninguna de sus expresiones y en donde hubiere una de sus chispas no tardaría en ser extinguida por el orden. Los héroes ya no pueden ser los del romanticismo con sus ideales y valores disruptivos como guía; si hay héroes estos son los que buscan insertarse en esa sociedad, su causa es la de ser parte de esa gran mentira -parece decir Stendhal- y no la de desnudarla como tal.

³ Cf. Op. Cit., cap. XII, p. 65

⁴ En *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, p.40, Marx comenta: “Si hay pasaje de la historia pintado en gris sobre fondo gris, es éste. Hombres y acontecimientos aparecen como un Schlemihl a la inversa, como sombras que han perdido a sus cuerpos.”

⁵ “Esta es la palabra que lo decide todo en Verrières: *rentar*; ella sola representa el pensamiento habitual de más de las tres cuartas partes de la población. Rentar es la razón que todo lo decide en esta pequeña ciudad que os parece tan bonita.” (Op. Cit., p. 13)

Hay en el personaje Julián Sorel dos talentos dominantes que poseen ascendientes culturales distintos y en oposición. Hay en su personalidad ambición por reconocimiento, cálculo previo a cada movimiento - cuando cortejaba a madame de Rênal y, más tarde, a mademoiselle de La Mole, Julián planeaba cuidadosamente cada uno de sus actos, no dejaba nada librado a la improvisación del momento.-. Existe en Julián la consideración de las relaciones sociales como competencias implícitas y la falta de un decálogo de normas morales fijas y absolutas; estos son rasgos propios de una caracterización cultural que podríamos llamar “burguesa”. Pero también existe en Sorel un sentido del honor y del deber (entendido éste como la obligación de la victoria) que no es originalmente propio del “ser burgués” y sí más cercano a los modales del caballero de la nobleza aristocrática. Que el personaje contenga en sí una doble filiación cultural, una “inteligencia burguesa” y una “sensibilidad aristocrática”, genera una situación de tensión en su personalidad. Esa tensión tiene una capital significación como reflexión acerca de lo social. El primer hato de rasgos emparentado con “lo burgués” es el que se adecua mejor al logro del ascenso social, pues para ascender Sorel necesita del cálculo, de la acción instrumental y de un manejo hábil de las *máscaras* y de las hipocresías. El segundo rasgo es el que lo aleja de la sociedad y lo acerca a su ser individual como incompatible y único con respecto a los demás. Es entonces esta doble caracterización en la personalidad única de Sorel la que subyace y otorga vida al conflicto entre individuo y sociedad que plantea *Rojo y negro*. Stendhal abomina de esa sociedad francesa que ha sustituido la inteligencia, la heroicidad y la aventura por el imperio del dinero, por las insulsas buenas formas, por la vanidad y por la mediocridad - “una época tan pobre en héroes y acontecimientos”⁶-. Esta nueva sociedad burguesa, piensa Stendhal, no puede aceptar en su seno a otros más que a aquellos que comparten su mismo tono grisáceo, y rechaza rotundamente a cualquiera que pueda sobresalir por su genio o por su sensibilidad; precisamente éstas son cualidades que posee Sorel y por las cuales se percibirá como distinto, colisionará con las convenciones del medio y finalmente fracasará en su intento de adaptación social. Es decir, en tanto no es completamente igual a los demás burgueses (en su “ser burgués”) y posee características aristocráticas en sus maneras, tanto más resalta como ser individual y tanto más incompatible se hace con el medio.

6 Marx, Karl, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, p. 55

La singular personalidad de Julián, la contradictoria conjunción que se produce en él entre “lo burgués” y “lo aristocrático”, lo condena a un tipo de proceder social que únicamente puede adoptar la forma de la “hipocresía”, el medio más idóneo para escalar posiciones y quedar a salvo de las represalias que toma aquella sociedad para con aquellos que viniendo desde abajo intentan sobresalir por sus dotes. El mismo abate Pirard, director del Seminario de Besançon, jansenista – y por esto, blanco de los ataques de la alta jerarquía eclesiástica y de la marginación dentro de la Iglesia- alertó a Julián: “...tened en cuenta que un hombre de nuestra condición sólo puede hacer fortuna por medio de los grandes señores. Con ese no sé qué de indefinible, al menos para mí, que hay en vuestro carácter, si no hacéis fortuna seréis perseguido; no hay término medio par vos. No os engañéis. Los hombres notan que no os causan ningún placer dirigiéndoos la palabra; en un país social como éste, estáis predestinado a la desgracia si no lográis los respetos.”⁷

Durante toda la novela Stendhal hace de la singularidad de la personalidad de Sorel el objeto que, al contrastar con los distintos círculos sociales que atraviesa, subraya la mediocridad general. En la provincia, en la pequeña ciudad de Verrières, siendo preceptor de los hijos de los señores de Rênal, fueron su timidez, ternura, ingenuidad y sensibilidad las que enamoraron a Madame de Rênal porque esas cualidades eran ajenas a los hombres del lugar. En Besançon, estando en el Seminario, fueron su raciocinio y libre pensamiento los que terminaron por ofrecer motivos a sus enemigos, tanto a los igualmente hipócritas pares seminaristas como a las altas autoridades de la Iglesia, para destruir su carrera. En París, estando en la mansión de La Mole, su ser altanero y orgulloso, su tendencia constante a la acción que no se queda en medias tintas son las cualidades que acaban enamorando a mademoiselle Matilde de La Mole, mujer que despreciaba a los caballeros nobles que la cortejaban justamente porque adolecían de mediocridad y cobardía. Pero esa singularidad tanto como trajo éxitos a la vida de Sorel, significó, ulteriormente, la causa de su trágico final. Resulta que Sorel es un caso extraordinario para esa época. Pareciera que todo el drama de su existencia tiene su origen en un nacimiento extemporáneo. El mismo Julián en más de una ocasión percibe cuán diferente hubiera sido su suerte de haber nacido algunas décadas antes, en tiempos de Napoleón, cuando sus cualidades habrían sido virtudes y no estorbos.

⁷ Stendhal, *Rojo y negro*, p. 199

Mientras que Marx concibe a la acción humana como potencialmente creadora y revolucionario debido a su naturaleza social, Stendhal muestra que la acción del hombre no puede ser creadora si es social, pues queda atrapada en las determinaciones impuestas por la sociedad. Sorel como individuo en acción expresa este carácter puramente reproductivo del orden que es propiedad de la acción social en *Rojo y negro*. El aspecto creativo de la acción humana se escinde de su aspecto social.

Apariencias. Disfraces y máscaras

En el texto de Marx la apariencia es tanto lo que se presenta como ideología como el nivel de los sucesos históricos que de por sí nunca se presentan exteriormente como lo que son. Es decir, toda ideología está hecha de apariencias pero no toda apariencia está articulada dentro de una interpretación ideológica. Encontramos en el texto dos elementos en los que la apariencia es impugnada.

Lo aparential presenta, por un lado, la forma del pasado convertido en mito. Y esto de dos maneras. En primer lugar, las revoluciones pasadas y sus héroes que animan y proveen de contenido a las nuevas revoluciones.

En segundo lugar, Napoleón como figura histórica que representa, para el campesinado francés, los tiempos de bonanza económica, de distribución ingente de tierras; y, para la burguesía agrupada en el partido monárquico, el orden dado por la autoridad inapelable del sable.

Por otro lado, lo aparential tiene la forma de la caricatura del mito y la forma de ideas que encubren la materia de la realidad. En el primer caso, Luis Bonaparte es una parodia de Napoleón Bonaparte y esconde tras sus actos el proceso real que es el de una lucha política entre fuerzas sociales opuestas. Su acción individual es un fenómeno de superficie, una apariencia, bajo el cual se halla el real antagonismo entre grupos sociales. En el segundo caso, las ideas embebidas de valores morales y éticos no dejan ver que en el terreno de la política, la batalla se produce entre clases sociales con intereses económicos contrapuestos y no entre ideales abstractos de imbuidos de beatitud o de malevolencia. Dice Marx: “Según la manera de ver de los demócratas, durante el período de la Asamblea Nacional Legislativa el problema es el mismo que el del período de la Constituyente: la simple lucha entre republicanos y monárquicos. (...). Sin embargo, examinando más de cerca la situación y los partidos se esfuma esta apariencia superficial, que vela la lucha de clases y la peculiar fisonomía de este

período. (...). Lo que, por tanto, separaba a estas fracciones [orleanistas y legitimistas] no era eso que llaman principios, eran sus condiciones materiales de vida, dos especies distintas de propiedad; era el viejo antagonismo entre la ciudad y el campo, la rivalidad entre el capital y la propiedad del suelo. (...). Sobre las diversas formas de propiedad, sobre las condiciones sociales de existencia, se levanta toda una superestructura de sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones de vida diversos y plasmados de un modo peculiar. La clase entera los crea y los plasma derivándolos de sus bases materiales y de las relaciones sociales correspondientes. El individuo suelto, a quien se los imbuye la tradición y la educación, podrá creer que son los verdaderos móviles y el punto de partida de su conducta. Aunque los orleanistas y los legitimistas, aunque cada fracción se esfuerce por convencerse a sí misma y por convencer a la otra de que lo que las separa es la lealtad a sus dos dinastías, los hechos demostraron más tarde que eran más bien sus intereses divididos lo que impedía que las dos dinastías se uniesen.”⁸

Pero volvamos al primer punto. Las nuevas revoluciones se cubren con los disfraces de las revoluciones viejas. En la Revolución Francesa el disfraz no impidió que ésta realizara su cometido histórico, todo lo contrario, los gladiadores de la burguesía “encontraron en las tradiciones clásicamente severas de la República Romana los ideales y las formas artísticas, las ilusiones que necesitaban para ocultarse a sí mismos las limitaciones burguesas del contenido de sus luchas y mantener su pasión a la altura de la tragedia histórica”⁹. El disfraz romano es tan necesario para el revolucionario burgués como lo era la creencia en un dios verdadero para el caballero cruzado sin importar que las motivaciones esenciales de sus actos no fuesen en ninguno de los dos casos la república o dios. El disfraz, a saber, un conjunto de representaciones significantes desde las que el actor se percibe a sí mismo y a su acción, es, en el burgués revolucionario, dice Marx, ocultación de una verdad; pero sólo por eso es condición indispensable de su acción histórica. La revolución burguesa necesita del disfraz, necesita presentarse a sí misma como a lucha del Hombre por la Libertad porque tiene que ocultarse a sí misma lo que en verdad es, pero, más aún, porque sólo merced a esa ocultación podrá realizarse a sí misma. Es un particular que del único modo en que puede realizar su esencia (la cual es una particularidad) es camuflándose bajo el traje de la universalidad. Ya sabemos que para Marx hay un tipo de revolución cuyo sujeto no puede alcanzar la

⁸ Op. Cit., pp. 42-44

⁹ Marx, Karl, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires, CS Ediciones, 2001, p.

realización de su esencia (la cual es la destrucción de todas las determinaciones particulares) si no es como conciencia y como apariencia de lo que en verdad es. El proletariado será la clase universal porque en sí es la potencialidad de la anulación de todas las clases. Es la clase que se realiza en su ser al destruirse como clase, lo cual implica la destrucción de toda determinación de clase. Justamente por eso, Marx prohíbe al proletariado revolucionario el recurso a cualquier “poesía del pasado”¹⁰. Desocultación cruda e impiadosa para ver lo que íntimamente se es. Es el sujeto que no necesita presentar su causa bajo velos de ideales humanistas y libertarios tomados del pasado y ungidos de universalidad porque su causa es ya la más universal de todas, y porque los valores que requiere semejante acto ya no pueden provenir del pasado, su horizonte y germen es, y no puede más que ser, el futuro.

La apariencia oculta pero en su ocultar muestra que es ocultación. Cuando los monárquicos coaligados durante el período de la Asamblea Nacional (desde el 28 de mayo de 1849 hasta el 2 de diciembre de 1851, fecha en que es disuelta por Luis Bonaparte) se enfrentan aguerridamente, dentro del parlamento, a los republicanos, no lo hacen por una convicción ética acerca de la insuperable bondad de la monarquía como forma de gobierno sino porque son representantes de una burguesía que aprendió a temer de las formas republicanas. Éstas si bien en el pasado le habían servido para coronar su dominación política, también habían promovido fuertes rebeliones de las clases oprimidas. Y que los monárquicos adhieren a la monarquía como consecuencia de un interés de clase lo prueba, dice Marx, el hecho de que toda vez que percibieron en riesgo su dominación parlamentaria frente a las pretensiones omnipotentes del poder Ejecutivo de Luis Bonaparte, echaron mano despreocupadamente de una enfebrecida retórica republicana.

Es la conducta, la acción concreta en la historia la que nos revela la esencia de lo que aparece. Para alcanzar el conocimiento de esa verdad necesitamos, entonces, primero, de esa apariencia – tematizada por Marx como ideología- porque es el material objetivo inmediato al que podemos acceder, segundo, de un criterio previo al cual referir toda manifestación – para Marx éste es el principio de preeminencia de las condiciones materiales de existencia y, derivadamente en el plano de las luchas históricas, lo que Engels llama la “ley de la lucha de clases”- y, tercero, un punto de vista si no exterior, al menos, abarcador de lo que acontece. En *El 18 Brumario* este punto es el de la teoría

¹⁰ Ibid. P. 12

que analiza y refiere los hechos a la totalidad y al criterio ya mencionado, es decir, es el punto desde el que observa Marx.

En *Rojo y negro*, también es preponderante el elemento napoleónico. La figura de Napoleón sempiternamente presente en el pensamiento de Sorel, es el símbolo que condensa el ideal de un tiempo aristocrático, dominado por el valor y el heroísmo como virtudes superiores; un tiempo que el héroe stendhaliano añorará y sabrá ya pasado (la época del sable) e irre recuperable. En cierta ocasión Julián exclama: “-¡Ah, Napoleón era sin duda el hombre enviado por Dios a los jóvenes franceses! ¿Quién podrá reemplazarle? ¡Qué van a hacer sin él los desgraciados, incluso más ricos que yo, que tienen sólo los escudos necesarios para pagarse una buena educación y no lo suficiente para comprar a los veinte años un nombre y abrirse camino en una carrera! Hágase lo que se haga –añadió con un profundo suspiro–, este fatal recuerdo nos impedirá ya siempre ser felices.”¹¹. Además, el fervor de Sorel por Napoleón es otro rasgo distintivo en su personalidad y que va en contra de la corriente de su época, al menos de las clases acomodadas en las que él pretendía ingresar. Pero si en el texto de Marx, Napoleón es el mito que al ocultar y proveer de otros significados, orienta la acción histórica, en *Rojo y negro* el mito napoleónico que había servido a Julián como imagen de la posibilidad de promoción social – y que él mismo había perseguido por medios menos nobles que el sable–, hacia el final del periplo de Julián se muestra como un mito socialmente falso, porque el clima conservador de la Restauración hacía fútil cualquier emulación napoleónica. Los napoleones, como Julián, estaban prohibidos. Pero lo que para Julián sí es lo verdadero es la ambición del hombre que quiere ser libre. De ahí que perciba como libertad su estancia en la cárcel, excusado de toda interacción social, porque, en el fondo, todas son medios para un fin egoísta.

Empero, en la novela de Stendhal, la tematización de cuál es la esencia de lo que aparece o se manifiesta remite al problema del hombre mismo como ser social y a cuál es la naturaleza de lo social. La red de relaciones es un juego cerrado en el que los agentes actuales son intercambiables, son apariencias que se suceden, y lo permanente es el espacio que ocupan – y por eso, la novela es el viaje de Julián por un espacio social o, mejor aún, la migración permanente desde un ámbito social a otro; es un recorrido que se le revelará como circular cuya salida requiere sustraerse a su fundamento mismo,

¹¹ Op. Cit., p. 81

es decir, renunciar a toda pretensión de emplazamiento social- . Juego de máscaras cuyo secreto es que detrás ellas no hay nada, porque son máscaras en tanto son puntos en una relación social toda relación es una referencia recíproca entre términos en tanto exterioridad. Si bien esto supone una interioridad, la relación social implica la exclusión de una parte de la totalidad de cada sujeto a la cual el otro no puede acceder. Es esta parte la que se constituye como interioridad sólo disponible para el individuo en un estado psíquico. En este sentido, con respecto al tema de la hipocresía que aparece durante toda la novela y que ya mencioné, se podrían decir dos cosas. Pensado de un modo general, toda relación social postula una hipocresía por cuanto el individuo nunca es en toda situación social un mismo y único todo en completa postración. Pero incluso si se entiende por hipocresía la afección o la insinuación de aquello que no se tiene, es decir, como impostura, el individuo en cuanto actor social no puede no ser hipócrita toda vez que lo que se le presenta como una acción necesaria dentro de una relación social no coincida con los deseos y características de lo que él es para sí mismo como persona. Este modo constitutivo de lo social es lo que se le presenta constantemente a Julián Sorel en toda su magnitud e inevitabilidad.

Conclusión

Volviendo a Marx, hay que decir que en su pensamiento, el lugar de lo aparente es el de lo que produce opacidad. Lo aparente oculta, justamente, que toda idea y toda imagen posee una verdad social, una significación social que trasciende su contenido específico. Pero, como ya dijimos, no hay ojo, ni siquiera el del teórico, que no parta desde la inmediatez de lo que aparece.

La dimensión de la apariencia influye en la dimensión de la acción. Marx postula que es necesaria una ruptura primigenia con el mundo fenoménico para luego poder desplegar una acción revolucionaria, la cual siempre es social. Para producir esa ruptura se precisa de la teoría, del acceso al verdadero conocimiento de una situación social determinada.

Para Stendhal, la apariencia también es una instancia de ocultamiento de lo real pero, simultáneamente, es la materia de la que está hecha la realidad. Julián Sorel es mucho más que todos aquellos múltiples papeles que desempeña porque es dueño de una verdad interna, subjetiva, psíquica. Y, sin embargo, la realidad de Sorel no puede dejar de ser social, y la sociedad es ese infinito y siempre recurrente teatro de innumerables máscaras y disfraces a quien nadie puede sustraerse.

Para concluir digamos lo siguiente. Ambas obras parten desde dos puntos de vista sociológicos distintos. En *El 18 Brumario* la perspectiva del acto es la del colectivo. En *Rojo y negro* el punto desde el cual se construye el relato se instala en el lugar del sujeto individual, ya sea como agente de la acción o como testigo del juego social.

Tenemos entonces en estos textos dos modos de pensar y de proponer —explícita o implícitamente— una experiencia social. Dos obras contemporáneas, enraizadas en el mismo “espacio de experiencia”¹² y, sin embargo, tal vez nos resulte más cercana a nuestra propia experiencia cotidiana la exasperada individualidad de Sorel que la vivencia de un estar colectivo en la construcción de una comunidad de relaciones menos injustas.

Finalmente hay que decir que aunque en *Rojo y negro* la subjetividad individual se hace inconciliable con la totalidad social, la mirada sociológica tiene primacía porque el caso de Sorel, si bien concluye como la consumación de un repliegue del hombre hacia la interioridad psicológica, es el desarrollo de lo que Georg Simmel llamaba “tragedia sociológica”¹³ es decir, el conflicto inescapable entre una individualidad subjetiva demasiado amplia y formas sociales institucionalizadas que se revelan como demasiado estrechas para sus sistema de valores.

¹² Expresión utilizada por Reinhart Koselleck en *Futuro pasado*, Barcelona, Paidós, 1993

¹³ Cf. Simmel, George, *Sobre la individualidad y las formas sociales. Escritos escogidos*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2002

Bibliografía

- Marx, Karl, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires, CS Ediciones, 2001
- Stendhal, *Rojo y negro*, (traducción de Consuelo Bergés), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1978
- Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Manifiesto comunista*, Buenos Aires, Ediciones Clásicas, 2001
- Bergés, Consuelo, *Stendhal: su vida, su mundo, su obra*, Madrid, Aguilar, 1962
- Nisbet, Robert, *La sociología como forma de arte*, Madrid, Espasa-Calpe S. A., 1979
- Zéaffa, Michel, *Novela y sociedad*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1971
- Dawe, Alan, “Las teorías de la acción social”, en Bottomore, Tom y Nisbet, Robert (editores), *Historia del análisis sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1978
- Simmel, George, *Sobre la individualidad y las formas sociales. Escritos escogidos*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmas, 2002
- Aguirre, Joaquín María, *Héroe y Sociedad: El tema del individuo superior en la literatura decimonónica* (<http://www.ucm.es/info/especulo/numero3/heroe.htm>)
- Reinhart Koselleck, *Futuro pasado*, Barcelona, Paidós, 1993